

LA HISTORIOGRAFÍA PERUANA EN DEBATE

RESUMEN

En el conjunto de las disciplinas científico-sociales la historia ha adquirido enorme importancia en el Perú en los últimos años. Prueba de ello son los libros que anualmente se publican y se consumen por ávidos lectores, los foros de debate que periódicamente se organizan; así como el hecho que antropólogos, sociólogos, economistas, arqueólogos e incluso psicoanalistas se han aproximado a la historia en busca de respuestas e invadido, algunas veces, predios que antes se consideraban exclusivos del historiador. Pero el hecho que la historia haya adquirido tal importancia no significa necesariamente que haya estado acompañada de una renovación metodológica y temática. ¿Se ha renovado Cleo entre nosotros? Esta interrogante es el punto de partida en la reflexión que guía los cinco ensayos que se publican a continuación. Los autores, jóvenes e innovadores historiadores graduados en la Pontificia Universidad Católica del Perú, ensayan, desde sus respectivos campos de especialización, una respuesta a los acucientes problemas del quehacer historiográfico de en Perú.

ABSTRACT

History's place among scientific and social disciplines has grown enormously in importance in recent years. Proof of this are the books published and eagerly consumed annually by readers; the regularly organized debates and forums; and the fact that anthropologists, sociologists, economists, archeologists and even psychoanalysts are turning to history for answers, from time to time, encroaching on areas. That had previously been considered the exclusive province of historians. But the fact that history should have gained such importance does not necessarily mean that this has been accompanied by a new focus in its approaches and subject matter. What's new about Cleo? This question forms the point of departure from which the five essays below lead out. The authors, five young, innovative history graduates from the Catholic University, expound their views, backed up with arguments from their particular fields, on the problems of the historiographical scene in Peru.

UN NUEVO PASADO

Juan Carlos Estenssoro

Mientras hoy se habla "en el Mundo" del fin de la Historia y de la crisis de las ideologías -el hombre estaría viviendo el inicio de una preciosa y extraña libertad que lo salva de los conflictos y del cambio-, mientras esto sucede, la historia (como disciplina pero también como cambio, como futuro) tiene cada vez más vigencia entre nosotros.

Hay varios síntomas del interés y del lugar que ocupa hoy la historia en nuestra sociedad. En primer lugar está el hecho que desde hace una década, o incluso desde antes, los sociólogos, antropólogos y, en menor medida, los economistas se han preocupado por buscar respuesta a sus preguntas en el pasado y se han

dedicado con mayor o menor éxito, a hacer oficio de historiadores. Los últimos años han sido inusualmente ricos en actividades académicas, pese a su reducido ámbito, significativas. Es también sorprendente que si hace unos diez años una promoción de historiadores de la Universidad Católica podía estar formada por tres alumnos, entre los que estudian en este momento hay una que bordea los veinte. A la maestría en historia acuden graduados de diversas universidades tanto de Lima, como de Ayacucho o Cusco. Además, la expectativa por la carrera ha contribuido sin duda a que la Universidad de Lima se haya animado a abrir la especialidad. Se habla así de una renovación.

Pero el historiador, y se me permitirá una debilidad profesional, está acostumbrado a desconfiar de las apariencias. ¿Se ha renovado la historia en nuestro medio o sólo hay una demanda para su renovación? En todo caso la

pregunta más sensata intentaría ver qué es lo que se ha renovado en la historia y qué busca o a qué responde esa renovación. Y para buscar una respuesta hay que recurrir a dos ámbitos: al de la propia historia y al de lo que la sociedad exige a sus historiadores o al menos al discurso histórico. Veamos, en lo posible, estos aspectos.

Respecto a la propia historia, habría tal vez que aclarar que los historiadores somos sin duda parte de una disciplina, de una tradición y vivimos en un diálogo permanente con la historiografía. La aparición de un nuevo trabajo nos plantea su lectura crítica pero también modela nuestro propio trabajo, nos señala cómo debemos afrontar desde ahora un problema, qué cosas debemos incorporar a nuestro enfoque, pero también de una forma negativa moldea nuestra "intención"¹: aquello que queremos decir de distinto, de nuevo, ya sea siguiendo y profundizando líneas de trabajo anteriores o definitivamente rompiendo con ellas, señalando sus debilidades o denunciando sus errores, sus prejuicios o los mensajes que ocultan. Hacer historia no sólo es presentar los resultados de una investigación "objetiva", proporcionar una información no conocida hasta el momento, sino también es la construcción de un discurso sobre el pasado que siempre se define por lo que de ese pasado se ha dicho o se ha callado hasta hoy. Desde este punto de vista, una renovación de la historia significaría que se nos presente un pasado que resulte diferente, inédito, antes que simplemente una versión mejor dibujada (con más detalles) de la imagen que teníamos antes.

Respecto de lo que la sociedad demanda, la relación con el historiador tal vez sea obvia, pero siempre será difícil conocer de manera precisa cómo interactúa con su discurso. La parte más externa de esta relación está en su aspecto institucional. De ese lado vemos cambios, algunos de los cuales (el aumento del número de estudiantes, la creación de nuevos centros de estudios y la realización de eventos académicos) he señalado. También se encuentra el hecho de que, independientemente que otros "científicos sociales" se ocupen cada vez más de la historia, comienza a aumentar progresivamente el número de historiadores pro-

fesionales que se mantienen en el empeño de dedicarse a una actividad en la que suele recibirse remuneraciones esotéricas. Pero señalar cambios en el nivel institucional no es suficiente. Dadas las circunstancias actuales, las demandas de la sociedad han cambiado, se exige una percepción distinta del pasado para la comprensión del Perú actual. Entre los libros más leídos y/o vendidos en ciencias sociales en los últimos años, así como en cualquier posible lista de preferencias de los "mejores" libros de esa área, figura un significativo porcentaje de obras de historia o con enfoque histórico, mucho más de lo que sucedía hace veinte años. Quien quiera poner a prueba la afirmación podrá acudir a una encuesta; recuérdese sólo como ejemplo la difusión y éxito de venta de dos libros tan distintos como la *Historia del Tahuantinsuyu* de Rostworowski o *Buscando un Inca* de Flores Galindo. Pareciera, por lo tanto, que de este lado hay de hecho una renovación o al menos se la exige. Habrá que ver de qué manera se recibe o aceptan las propuestas de la historia para poder cerrar el círculo.

Lo que queda pendiente es saber si hay la posibilidad de un nuevo pasado y cuál es ese. Los artículos que se presentan en estas páginas no pretenden necesariamente serlo, pero sí son una preocupación por encontrarlo.

NOTA

- (1) El término "intención" lo tomamos, aunque con mucha libertad de: Michael Baxandall. *Modelos de Intención*. Madrid: Hermann Blume, 1989.

EL NORTE. Un vacío historiográfico

Susana Aldana

Pensemos en nuestra historia, en la historia del Perú que hemos estudiado -y que se sigue estudiando- y nos daremos cuenta que está casi íntegramente construida sobre la base de lo que ocurriría en el sur. Los incas no sólo fueron un imperio en su momento, sino también posteriormente, captando primero el inte-

rés de los etnohistoriadores y luego el de los investigadores sociales. Como consecuencia: una fuerte idealización de esta cultura y una cuidadosa auscultación de su territorio nuclear: el Cusco.

La fuerte población nativa concentrada en la zona sur y el circuito económico que se estableciera alrededor de la plata potosina han sido los elementos a partir de los cuales se ha analizado nuestra historia colonial. Y si nos referimos al XIX, entender el problema independentista es reflexionar sobre Tupac Amaru, el punto de reflexión de los movimientos en adelante separatistas y los proyectos políticos que ellos sustentaban en el sur. Si de la República se trata, el debate sobre el Estado y nación se centra en el conflicto entre liberales y conservadores, limeños versus arequipeños y/o sureños en general: en el impacto de la Confederación Perú-Boliviana, en el guano y las medidas gubernamentales que generara; la guerra con Chile y su impacto (pérdidas de territorio en el sur, desorganización estatal, etc.). El norte, si aparece, es una simple referencia geográfica o peor aún, un término en un slogan publicitario. El turismo, al menos y aunque sea, explota las posibilidades visuales de la región.

Los pocos trabajos historiográficos que hay de la zona -incluso esas referencias a las que se aludía- prácticamente identifican Norte con Trujillo, sus valles aldeanos y cuando mucho Lambayeque. Pero, ¿y qué hay de ese norte que no es sólo estas dos ciudades? Ese norte que es tanto Tumbes como Cajamarca, Jaén como Piura, Chachapoyas... ese gran espacio que es una unidad fuertemente cohesionada por siglos de historia en común y que determina que el análisis de la realidad de una de sus áreas sea incompleto si no está contextualizada en el conjunto. Ese norte que no conocemos y sin embargo, ha jugado un rol importantísimo en nuestra historia.

¿Por qué razones, mientras a principios del siglo XIX el sur hervía en rebeliones como la de Aguilar y Ubalde, Zela, Crespo y Castillo, Pailladelle, los Angulo, Pumacahua, en el norte (aparentemente) reinaba la calma si posteriormente fuera esta región la que primero se lanzara a la vida independiente? ¿Cómo

debatir sobre el Estado-nación, de su conformación, si un espacio como el norteño, fuertemente articulado en torno al capital mercantil -y por los tanto como un proyecto político-económico más que definido-, simplemente sea obviado? ¿No fue acaso importante la presencia del Estado Nor-peruano; no jugó ningún rol en la desaparición de la Confederación Perú-Boliviana?

Muchas preguntas más se quedan en el aire; todo tema de debate en estudio tiene su posibilidad correlativa en el norte. Situación, que sin entrar en otro punto posible de reflexión, nos demuestra la necesidad de propiciar el desarrollo de las historias regionales: ellas son el modo de integrar a nuestra historia y a nuestro presente, áreas generalmente relegadas.

Para poder aceptar que Clío se renueva, debemos tener las pruebas al canto: en blanco y negro. No la pura potencia sino la actualización de esa potencia: una historiografía consistente que discurra sobre nuevos temas y también -y principalmente- sobre nuevas áreas.

¿DÓNDE ESTÁ LO ANDINO? Entre el mito y el objeto perdido

Cecilia Méndez

En los últimos años una suerte de telurismo neindigenista parece sacudir diversos sectores intelectuales en el Perú. Quizá lo más singular de esta ola es que a diferencia de los anteriores indigenismos, cuya retórica giraba en torno al "indio", el de hoy se diluye en el etéreo lenguaje de "lo andino". Pero hay algo común entre ambos, es la exaltación e idealización del pasado inca. El fenómeno, sin ser del todo nuevo, es bastante más complejo que lo que estas líneas nos permiten expresar. Queremos por ahora reflexionar acerca de la responsabilidad que en él les cabe a un grupo de intelectuales y a una reciente producción historiográfica peruana, concretamente la de la llamada "utopía andina".

Simplificando, diríamos que quienes asumen el discurso historiográfico de la "utopía andina" tal como lo plantea el historiador Manuel Burga en su libro *El Nacimiento de una*

Utopía y en conferencias públicas, suponen una historia cuyo hilo conductor es un estado de permanente "resistencia" (militar y cultural) de indios contra españoles; así, exaltan y tiñen de cargas valorativas los intentos de "unificación nacional" en torno a la figura mítica del inca, y si acaso esta resistencia no ha podido ser habida (o inventada) optan por la expulsión casi despreciativa de dichos períodos o sujetos históricos de la cronología (¿de la historia?).

Al amparo de este discurso historiográfico (no necesariamente histórico), y apelando asimismo a la versión bastante más matizada, sutil y persuasiva de la "utopía andina" elaborada por Alberto Flores Galindo (*Buscando un Inca: Identidad y utopía en los andes*), algunos historiadores, sociólogos y antropólogos parecieran haberse erigido en profetas de la "nacionalidad peruana", y proclamándose sus primeros defensores, no han sabido hasta hoy, sin embargo, dar cuenta de lo que están diciendo cuando hablan de "lo andino".

No deja de llamar la atención que un grupo de intelectuales se haya propuesto *diferenciar* lo andino (¿de lo "occidental"? ¿del resto de la sociedad? ¿de sí mismos?) en el preciso momento en que lo que muestra la realidad es un incontenible proceso de fusión cultural, en el que la migración y las comunicaciones juegan un rol preponderante; y en el que "los andinos", entendidos como los pobladores de la sierra (otrora indios o campesinos), son cada vez, y por propia voluntad, menos diferenciables de los "limeños", o de quienquiera preciar-se de su *background* occidental.

Pero no sólo la realidad y los propios andinos desafían discursos de los intelectuales de la utopía. Éstos pueden confrontarse con los resultados de la más reciente investigación histórica producida en su mayor parte por historiadores jóvenes. Al amparo de un fino ejercicio profesional, de un cuidadoso cotejo de fuentes y de nuevas preocupaciones metodológicas y temáticas (como el interés por la cultura), las más recientes investigaciones revelan que una gran cantidad de supuestos sobre los cuales se han articulado los discursos de la utopía no son otra cosa que mitos. Sabemos hoy, cuánto de interés y temor eclesiástico (del siglo XVI) y de

invención antropológica (del siglo XX) hay en la "resistencia nativista" del Taki Ongoy; cuán endeble es el sustento histórico del "nacimiento de la utopía andina" en el siglo XVII; cuánto de identidad criolla y desprecio por el indio tras los discursos incaistas de la temprana república, y cuánto de voluntad propia en los indios que por aquella misma época se proclamaron realistas. Lo que delata la investigación, más que indios constantemente "resistiendo" la "arremetida occidental", es científicos sociales resistiéndose a admitir la realidad (histórica y actual); sacrificando su rica complejidad a favor de reduccionismos maniqueos o esquemas dicotomistas (occidental versus andino).

Estas observaciones en modo alguno deben ser leídas como cómplices de una insensibilidad frente a la opresión de las culturas y los hombres, ni hoy ni nunca. Y como historiadores somos los primeros en reconocer que todo mito tiene un mínimo de fundamentos sociales que permiten que sea no sólo intentado sino también acogido. En este sentido, el mito de la "utopía andina" no se labra en el vacío. Pero, precisamente porque somos historiadores apostamos por la necesidad de reconstruir y analizar con sensibilidad pero sin lamentos póstumos lo que pasó.

Creemos que es una responsabilidad ética no adulterar nuestros hallazgos en función de lo que "quisiésemos que hubiese sido". Y porque si como intelectuales peruanos nos preocupa el Perú, como profesionales nos preocupan los avances del conocimiento y estamos convencidos de que el conocimiento de la realidad no puede avanzar cuando nos hacemos cómplices del Mito.

La lucha por la desmitificación del conocimiento es particularmente difícil en una disciplina que como la historia suele encontrarse en los linderos mismos de la producción de la ideología; y en cuyos discursos se ventila, además, y de manera no siempre consciente, problemas de identidad que no sólo son nacionales sino también personales, generacionales, de gremio profesional y de clase. En este sentido, reconocemos que la obsesión con la que algunos intelectuales se aferran a la prédica de "lo andino" no siempre es voluntarista. Los

cambios en la realidad social de los últimos años han creado una crisis de referentes explicativos en las ciencias sociales. Si hasta hace un tiempo "lo andino" no era un problema es porque estaba más claramente diferenciado de lo "no andino". Para el investigador social se trataba de un objeto de estudio más o menos claramente establecido. Pero la realidad ha dado un vuelco en los últimos lustros, creando múltiples crisis en quienes otrora estuvieron seguros de sus categorías conceptuales, tanto teóricas como políticas.

La obsesión por "lo andino" pareciera traducir una angustia por la recuperación del "objeto perdido", en términos cognitivos, así como una necesidad inconsciente de mantenerlo, ya que no es posible física, aunque sea *conceptualmente* lejos. Nos preguntamos si los discursos en defensa de "lo andino" no esconden subtextos que tienen que ver más con problemas de definiciones personales que con la "identidad nacional".

Los historiadores, por último, no somos profetas de identidades, y esta voluntad no nos hace menos políticos. Simplemente rechazamos la filosofía detrás de todo indigenismo, que se atribuye el derecho de "hablar por", "representar a" y hasta "sentir como". Los aludidos se merecen mucho más respeto y tienen voz. Estamos, asimismo, convencidos de que existen formas más profesionales de acceder al conocimiento histórico que la aproximación por el mito. Y eso no las hace menos sensibles a los problemas actuales y a los destinos del país.

EL SIGLO XIX.

Entre la dependencia y el liberalismo

Betford Betalleluz

El siglo XIX ha sido analizado en los últimos treinta años desde diversas perspectivas. Cada cual pretendiendo ser más objetiva y realista que las otras. En esta nota daremos una somera revisión de las principales tendencias que han prevalecido en la historiografía del siglo en cuestión.

En la década de los sesenta, diversos científicos sociales empezaron a cuestionarse por qué Latinoamérica se hallaba sumida en el subdesarrollo económico. Y al analizar cómo los ciclos de las exportaciones en los dos últimos siglos no habían traído beneficios a la región, se convencían aún más que la integración al mercado internacional había empobrecido a Latinoamérica. En este sentido, devino central estudiar el rol jugado por el liberalismo y la política de libre comercio en el siglo XIX.

Luego de la Independencia -los dependentistas razonaban- las clases dominantes en Latinoamérica estuvieron ansiosas por la riqueza que según ellos, podía provenir del comercio con el occidente capitalista. Abrieron sus países al capital y productos extranjeros, mas, esto no trajo la prosperidad deseada. Al contrario, arruinaron a los artesanos locales y empobrecieron aún más a los campesinos envueltos en nuevas relaciones de mercado, dejando sólo pequeñas utilidades a cambio. Hacia la segunda mitad de la centuria, la orientación de la exportación estuvo definida, trayendo consigo Estados nacionales débiles y dependientes, grandes abismos entre ricos y pobres, y enormes limitaciones estructurales para lograr el crecimiento económico. (Ver los trabajos de Fernando Cardoso, Enzo Faletto, André G. Frank, Celso Furtado y el más patético y difundido Eduardo Galeano).

Los historiadores que trabajaban el siglo XIX fueron los más reacios a incorporar las nuevas perspectivas. En este sentido, en la década de los setenta, algunos aceptaban todavía, la versión de la historia presentada en los escritos de los historiadores liberales decimonónicos, quienes no cuestionaban los efectos de las políticas liberales en el subdesarrollo latinoamericano, sino que estaban preocupados por analizar el conflicto y triunfo de las élites liberales (civilización) sobre las masas conservadoras (barbarismo). Esta visión tuvo éxito entre algunos historiadores británicos tradicionales (C. Platt y W.M. Mathew), quienes influenciados por los debates del imperio informal británico minimizaron el rol jugado por el capital inglés en el desarrollo del comercio internacional latinoamericano.

Otros historiadores en la misma década y a inicios de los ochenta tomaron como bandera la perspectiva dependientista. Y para ellos, las élites liberales -ansiosas de participar de las ventajas del comercio internacional- en resumen, vendieron sus países al capital foráneo. Y si hubo algo de resistencia, ésta demoró lo inevitable: una o dos décadas a lo más, pero el final fue siempre el mismo. (Ver los trabajos de Ernesto Yepes, Javier Tantaleán, Heraclio Bonilla, Alberto Flores Galindo, entre otros).

Es interesante anotar cómo fueron rescatados del olvido y glorificados países o períodos de la historia decimonónica que parecían ir contra la corriente. El típico ejemplo fue el Paraguay del Dr. Francia. Llegan incluso a "justificar" regímenes dictatoriales porque, argumentan, fue la única manera de mantener relaciones -en igualdad de condiciones- con el mercado internacional y redistribuir los frutos de la producción más equitativamente.

En este sentido, analizar el proceso por el cual la política de libre comercio fue adoptada en el siglo XIX no era importante, pues sería simplemente narrar una predecible realidad. No sorprende entonces, que los estudios hechos en las últimas décadas hayan tendido a ser a un nivel nacional y macroeconómico y por contener poca información acerca de la diversidad regional o de la diferencia intra-élites. (Se prefirió consultar fuentes foráneas).

Estas perspectivas dieron como resultado final un intercambio de roles de "buenos" y "malos" para el siglo XIX latinoamericano. Así, para los historiadores tradicionales, las élites liberales encarnaban a los buenos, mientras que dictadores, caudillos y masas fueron identificados como los malos y retrógrados de la película. Y viceversa para los dependientistas.

Frente a estos nuevos determinismos, en los tempranos ochenta, una más mesurada generación comienza a estudiar la diversidad local y relaciones de clase internas en el siglo XIX. Entre ellos, mencionamos a: F. Mallon, A. Quiroz, P. Gootenberg, C. Méndez, C. Aguirre, Ch. Walker, N. Manrique, C. Contreras, J. Deustua, P. García y N. Jacobsen. Ellos arguyen que la teoría dependientista impedía la comprensión del efecto de las luchas internas y el

desarrollo histórico; y concluyen que el liberalismo no fue totalmente aceptado en varios países antes de la década de 1850; y que la política del libre comercio continuó siendo negociada y modificada en conflicto político y debate entre sectores sociales y regiones. Es más, aun cuando los Estados formalmente adoptaron los principios liberales, los aplicaron selecta y eclécticamente. En varios casos, el pensamiento liberal, por sí mismo, fue internamente contradictorio o fragmentado y el dominio de una tendencia u otra dependió de las luchas internas. El caso peruano es interesante porque luego de la independencia se produjo una fuerte alianza de élites proteccionistas que manejó el país hasta la década de los cuarenta -con una fuerte ideología nacionalista- aniquilando cualquier intento de brote liberal (La Confederación Perú-Boliviana). Y aun cuando a mediados de siglo se adoptó formalmente la doctrina liberal; ésta fue sólo aplicada al sector comercio en la época del guano. En cierta forma, el nacionalismo de los años iniciales sirvió para consolidar el nacimiento y autoritarismo del Estado peruano decimonónico.

Por último, en años recientes, el descrédito de anteriores modelos interpretativos como el marxista, ha conducido a jóvenes historiadores liberales (C. Mc Evoy, J. Orrego, L. Palacios y F. Gandolfo) a la búsqueda en el siglo XIX de una burguesía peruana que, aún no tipificada, "necesariamente" debió existir. El peligro de estos trabajos es caer en el lado opuesto a los dependientistas, al generalizar casos aislados al conjunto del país. Otros, buscan y descubren "informales" en el siglo pasado e incluso en la Colonia (F. Iwasaki y E. Ghersi); es preciso evitar esta última deformación para no caer en viejos determinismos y lograr una aproximación más genuina del siglo XIX.

PENSAR EN EL PRESENTE

Ricardo Portocarrero

Si realizamos una rápida revisión de los trabajos de historia relacionados con el presente siglo, comprobaremos la existencia de

una escasa preocupación por la historia reciente. Si bien la bibliografía no es reducida, debido a lo variado de los temas que se han enfocado -y faltan muchos más- y al hecho de ser un siglo que está por terminar, podemos constatar que en términos temporales ésta sólo llega a 1930, hasta el fin del período conocido como el Oncenio.

Aun hoy es posible escuchar dos típicos argumentos frente a las posibilidades del historiador de investigar la historia reciente. El primero señalaba que este campo le corresponde a otras disciplinas de las ciencias sociales, como la antropología, pero muy especialmente la sociología y la economía. Dejando para más adelante discutir su validez, hay que reconocer que el peso de los historiadores para los estudios del presente siglo es limitado. Esto se percibe en el balance historiográfico que, con especial énfasis en los estudios sobre la cultura andina, realiza el número 17 de la *Revista Andina*, donde no se incluye ninguna investigación dedicada al siglo XX.

El segundo argumento sostiene el necesario distanciamiento del historiador con el hecho histórico, (el consabido problema de la "objetividad"), que sigue siendo un postulado de algunas corrientes historiográficas que se resisten a la renovación y actualización. El historiador debe ser desapasionado y esto es imposible con la cercanía de los hechos estudiados. En todo caso se corre el riesgo de hacer política y no historia. Este argumento se esgrimía en nombre de la salvaguarda del "buen nombre" de las familias y descendientes de los personajes involucrados en estos hechos, evitando condenas o ambigüedades que ponían en peligro su "integridad personal".

En el contexto del Perú de hoy, de una guerra interna contra la subversión y el narcotráfico, aquel sentido se orienta hacia la posible existencia de ideologías subversivas tras las preocupaciones del historiador.

Volviendo al primer argumento habría que preguntarse ¿dónde están los límites entre las diferentes disciplinas de las ciencias sociales? ¿Es posible establecer esos límites a partir de criterios cronológicos? ¿Quién decide cuando se produce ese corte temporal entre el pasado y el presente o qué es historia y qué no lo es?

Este argumento, en términos de práctica científica es, como se ve, absurdo; y conlleva a la concepción de que la historia es el estudio del pasado muerto; el mundo de los vivos no es parte de su patrimonio. Las diferencias entre las distintas disciplinas residen en la perspectiva, el método y la teoría. Lo cual no es impedimento para utilizar algunos de sus aportes para el trabajo del historiador. Al contrario, ello significó un avance para las ciencias sociales en general. No es posible rechazar por principio la contribución de otras disciplinas en los estudios históricos. Su peso e influencia ha sido grande en décadas pasadas y el balance de su contribución está por hacerse. Sin embargo, no podemos tampoco decir que sea la panacea. La colaboración entre disciplinas está plagada también de conflictos, malentendidos y mediocridad, no sólo de debates fructíferos.

En el estudio de la historia reciente del siglo XX, la mayor influencia ha sido dada por la sociología. Sin embargo, hay temas en los cuales los historiadores hemos aportado poco para la comprensión de ese pasado reciente. Por ejemplo, en las interpretaciones históricas sobre el surgimiento de Sendero Luminoso, la violencia política y el carácter de la crisis que atravesamos. A veces nos quejamos de la injerencia de otras disciplinas en el campo de la historia, pero somos nosotros quienes nos hemos apartado de temas imprescindibles, especialmente de los referidos a nuestro siglo: "Amemos a nuestro siglo. Es muy hermoso a pesar de sus crueldades, a pesar de sus injusticias, a pesar de sus mercantilismos. Y es muy especialmente amoroso con nosotros. No seamos ingratos", le escribía Mariátegui a Alberto Hidalgo en 1917.

La historiografía misma ha dado múltiples ejemplos del vínculo y compromiso de los intelectuales con su siglo. Jorge Basadre, por ejemplo, expresa un paradigma de la relación entre historia y presente. Desde sus obras juveniles como *La Multitud; La Ciudad y el Campo en la Historia del Perú*; y, *Perú: Problema y Posibilidad*, hasta sus escritos de madurez como *La Historia de la República del Perú (1822-1933)*, esta relación se manifiesta en comentarios agudos y certeros acerca de su época. Ya durante el go-

bierno del Dr. Bustamante y Rivero, Basadre era reconocido como la "conciencia crítica nacional" por sus *Meditaciones sobre el Destino Histórico del Perú* (1947), en donde plantea entender los problemas del presente a partir de la larga duración. Contribuyó, además, a sentar las bases documentales necesarias para el estudio del siglo XX.

En la última década, esta tendencia historiográfica ha disminuido. ¿Cuáles son las razones para esta situación? ¿Existe algún temor por parte de los historiadores por enfocar los problemas del presente desde la perspectiva de la historia? ¿Por qué?

Una posible explicación podría estar en lo amargo de nuestra historia reciente, plagada de promesas incumplidas. A ello habría que sumar los cambios que se están suscitando desde las últimas décadas y que están transformando totalmente la fisonomía del país, cambios rápidos y radicales que han motivado entre los intelectuales la confusión, la resignación o el escepticismo. Es la pérdida de ese compromiso con los hechos del presente lo que ha llevado a algunos historiadores a temas y períodos más cómodos y menos conflictivos, en donde la distancia permitiría la objetividad y el desapasionamiento, y el no complicarse la vida, desenchufarse de la realidad del Perú de hoy. A los contados historiadores que han mantenido esta perspectiva de relación con el presente (aunque no se circunscriban a estudiar el siglo XX) han sido vinculados y criticados por sus relaciones políticas y acusados de pertenecer a algún grupo subversivo. Sus trabajos son criticados más desde puntos de vista ideológicos y políticos que académicos. Luego vienen la desconfianza y el rechazo, el peligro de ser identificado con ellos y ser condenados también (Véase *Márgenes* Nº 8, los artículos de Nelson Manrique y Alberto Flores Galindo). Y esto puede ser aplicado a historiadores que aunque no trabajen temas de historia reciente, tengan un mínimo de preocupación política y social por el Perú de hoy.

En la elección de algunos temas, pero sobre todo en la forma de trabajarlos, es posible percibir la importancia que tiene para el historiador el comprometerse con su siglo. Escoger un tema y un período histórico para estudiar es un problema de opciones.

Pero no son únicamente opciones individuales, personales. Ello está determinado por los orígenes sociales, la formación recibida y las opciones ideológicas y políticas. En el evento de 1992, de la Universidad Católica, la preponderancia de los temas coloniales fue abrumador (20 de 24 ponencias). Allí no se juntaron solamente las voluntades y opciones historiográficas individuales. Ello es expresión de la orientación en la formación académica que los historiadores de la Universidad Católica recibimos. Debemos reconocer que la República y en especial el siglo XX no son incentivados y estudiados con la misma dedicación que el período colonial y su apéndice, la etnohistoria.

¿Nosotros continuaremos dentro de los marcos estrechos de mirar el pasado y de no preocuparnos por entender históricamente nuestro presente? Los hechos de los últimos años a nivel mundial han llevado a los intelectuales de otros países a plantear interpretaciones históricas acerca de esos cambios, interpretaciones mucho más inteligentes que las de Fukuyama y *El Fin de la Historia*. En el Perú, los intelectuales y especialmente los historiadores no hemos realizado algo similar para entender la dinámica interna de esa crisis y su impacto en nuestra sociedad. Sin embargo, ya implementamos recetas importadas sin ningún elemento crítico. Parece olvidarse algo tan obvio como que los problemas de nuestro presente determinan nuestro futuro. ¿Habremos de esperar pasar el umbral del siglo XX para poder decir que ya podemos estudiar el siglo pasado? o, ¿preferiremos llegar a ese umbral sabiendo hacia adónde queremos ir como país, como colectividad, habiendo incluido en nuestras reflexiones históricas a este siglo que se va?